

## NADA NUEVO

Nada hay nuevo bajo el sol, reza un viejo adagio latino. Y como toda sentencia nacida de la anónima experiencia popular, existe en ella un fondo de verdad incuestionable. Nada hay nuevo, todo se repite de manera mas o menos parecida. Puede cambiar el aspecto exterior, los aderezos y adornos superficiales, pero la sustancia, el nervio, apenas contienen variaciones esenciales.

En nuestros días asistimos a unos especiales comportamientos sociales que, sin el recuerdo de pasadas épocas, pudieran parecer extraordinarios. Los medios de comunicación nos ofrecen, constantemente, noticias de sucesos y actitudes que con frecuencia, colisionan con principios e ideas que teníamos por firmes y ciertas. Observamos el frenesí con que la búsqueda del dinero y, en consecuencia, del poder, se apodera de la gente y se erige en meta única, como si en ella convergiera todo cuanto posee capacidad para producir felicidad. No importan promesas, ni fidelidades, ni traiciones, ni respetos; todo vale para alcanzar aquellos objetivos, sin eludir cualquiera de los medios que sirvan para el rápido logro: influencias, coacciones, engaños, maquinaciones, corrupción, sexo... Todo se ha convertido en mercancía susceptible de venta y cambio, y la sociedad, en un amplio mercado o lonja de contratación. Sin el mínimo pudor ni empacho, casi como siguiendo un plan perfectamente trazado y con machaconería digna de mejor causa, se van sembrando ideas que conducen a esta manera de actuar.

Pero, como se indicó al principio, nada hay nuevo. Situaciones semejantes se han dado en la historia. Es como si, en su caminar, el hombre marchara con paso vacilante, de diestra a

siniestra, de un extremo a otro, sin encontrar senda recta y segura.

Y, sin embargo, este camino derecho y firme existe. La eblinosa y difusa contamitación que lo oculta, es fácil despejarla con el soplo fresco y vivificador de un sentido ético de la existencia. Se imponen modos no egoistas, renovados ideales, metas sugestivas que impulsen hacia un mundo mejor, mas justo, mas honesto, en el que no impere, como valor exclusivo, un materialismo exarcebado.

En estos días, al rememorar uno de los acontecimientos de mayor trascendencia para el hombre, no parece supérfluo reflexionar sobre estos hechos y tratar de corregir errores y enderezar conductas. Porque debemos apoyarnos en convicciones seguras, sólidas, basadas en la verdad. En las últimas semanas, hemos contemplado, con asombro, el estrepitoso derrumbamiento de edificios ideológicos con pretensiones científicas y adhesiones cuasi-religiosas, que ha sembrado la confusión y dejado **sin** norte, en un absoluto vacío, a muchos confiados seguidores. Hemos de evitar que nos suceda igual y, para ello, como dijo el duque de Gandía -el mas tarde San Francisco de Borja- ,es imprescindible seguir, o amar, a quien no se nos pueda morir, o creer en lo que no corra el riesgo de desmoronarse.

MIGUEL MOLINA